



**Mamá, nunca había sido tan fácil
ganarse el cielo**



En un pueblito lleno de sol y flores, llamado Sahuayo, nació un niño que daría a muchos niños un enorme ejemplo de amor a Dios.

Se llamaba José. Su familia le enseñó que el amor más grande de todos era el amor a Jesús.



A José le encantaba ir a la iglesia. Hizo su Primera Comunión a los diez años y desde ese día sintió una alegría inmensa cada vez que ayudaba en la Misa. Se hizo monaguillo, para parecerse a los ángeles que están cerca del altar, sirviendo al sacerdote con mucho respeto.



Leía historias de santos que habían sido muy, muy valientes. Eran personas que, por su fe, enfrentaron grandes peligros y nunca se rindieron. José soñaba con tener ese mismo coraje.



Pero un día, la alegría del pueblo se apagó. El país atravesaba una época difícil: la Guerra Cristera. Era peligroso amar a Jesús y a Su Iglesia en público. Los valientes se levantaron con un grito:

"¡Viva Cristo Rey!"



El hermano mayor de José se unió a los cristeros.

José, que solo tenía catorce años, no se pudo quedar quieto y dijo: No puedo quedarme de brazos cruzados. Mamá, nunca había sido tan fácil ganarse el cielo como ahora, y no quiero perder la ocasión. Y así, Joselito se unió al campamento para ayudar, llevando mensajes, con el permiso de sus padres.



Montado en su caballo, que se movía con la fuerza de un rayo, Joselito se convirtió en el mensajero más rápido de los cristeros. Llevaba con valentía noticias importantes de un campamento a otro, sintiendo que su sueño de coraje se hacía realidad.



Todos lo querían mucho,
llamándolo "Joselito". En
medio de una batalla, el
caballo del General
Rogelio, su jefe, cayó y
quedó inmovilizado. El
General estaba en peligro.



Sin pensarlo dos veces, José desmontó de su propio caballo, lo golpeó suavemente y le gritó al General Rogelio: "¡Usted es más importante! ¡Escape!" El General Rogelio pudo subir al caballo y escapar, pero Joselito se quedó solo.



Los soldados lo capturaron. Le ofrecieron dinero y libertad si tan solo decía una palabra: "Dejo de creer". Pero José respondió con la misma valentía que tenía en su corazón: "¡Jamás! ¡Si mil vidas tuviera, mil vidas daría por Cristo Rey!"



Lo torturaron de una manera muy cruel. Le cortaron la piel de las plantas de los pies y lo obligaron a caminar hasta el cementerio, pero él, a pesar del dolor, seguía gritando "¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!".

Finalmente, le quitaron la vida, pero él, aún en sus últimos sufrimiento, no dejó de mostrar su amor a Dios y a María Santísima.



Aunque lo lastimaron mucho, él no dejó de gritar su amor a Jesús y a la Virgen de Guadalupe. En vez de sentir miedo, sentía una fuerza que venía de lo alto.

Perdonó a quienes le hicieron daño. Y con su último aliento, Joselito nos dio un ejemplo de valentía y fidelidad, gritando: "¡Viva Cristo Rey!"

Oración de un niño a Cristo Rey

Jesús, mi Rey!

Te reconozco como el dueño
de mi vida y de todo el
universo.

Gracias por ser mi Rey.

Hoy quiero abrir de par en
par la puerta de mi corazón.

Quiero que Tu Reino crezca
en mí y a través de mí.

Guía mis pasos y mis
palabras para que sea
valiente en mis decisiones.

¡Que reines siempre en mi
corazón!



